

REFLEJOS EN EL ESPEJO

LA FELICIDAD ES EL PROPIO CAMINO



Luis A. Santamaría

LUIS A. SANTAMARÍA

Reflejos en el espejo

REFLEJOS EN EL ESPEJO

*Yo no quiero domingo por la tarde.
Yo no quiero columpio en el jardín.
Lo que yo quiero, corazón cobarde,
es que mueras por mí.*

Joaquín Sabina

1

Daniel Santos era un tipo monótono y gris.

Al menos, esas habían sido las palabras que su hermano Ricardo había utilizado para definirlo, instantes después de darle su gran noticia: la adquisición de un ático que se convertiría, con mucho esfuerzo y dinero invertido, en el mejor local de copas de todo Madrid.

Ricardo había asegurado que podía llegar a perdonarle que se perdiera su despedida de soltero, o que llegara tarde al hospital el día que nació su hija María (al fin y al cabo, solo era su sobrina. ¿Haría lo mismo el día que llegara al mundo su propia hija? Eso si algún día tenía una...) Hasta podía entender que no derramara una sola lágrima en el funeral de su madre (era un niño y no entendía bien lo que significaba eso de la muerte), o que no se hablara con su anciano padre. Pero esto había sido la gota que había colmado el vaso. ¿Esa indiferencia ante el logro de aquello con lo que Ricardo había soñado toda su vida? Según Ricardo, ese día vio en la mirada de Daniel que el futuro local de moda regentado por su hermano mayor *«le importaba lo mismo que una mierda»*. Y, realmente, no se equivocaba.

—Podrías darme la enhorabuena por lo menos. ¿Qué tal un abrazo? —le había dicho con su aire de ejecutivo trajeado—. Si no lo haces por mí, hazlo por ti, hermanito. Sal un poco, conoce

gente, diviértete. O terminarás solo. Como papá.

Esa conversación tuvo lugar aproximadamente cinco meses antes de que las tropas de Estados Unidos del Este atacaran Quebec.

—¡Te ataco!

Óscar arrastró todos los cañones y caballos que tenía en esa zona del tablero hacia el territorio de Daniel, y después se le quedó mirando con el brillo en los ojos de quien está a punto de ganar una partida de casi cuatro horas.

—Eres un capullo —replicó el atacado—. Esto todavía no está decidido, pero antes traeré algo para picar.

—Eso, saca unas birras para celebrar mi inminente victoria, haz el favor.

—Pues tú podrías aprovechar para contarnos esa historia que nos has prometido antes —sugirió Kike, que para esas alturas ya había perdido casi todas sus tropas.

Daniel se levantó del sofá y se perdió en la cocina, dejando a los chicos al comienzo de lo que seguramente sería una nueva historia para no dormir.

—Chaval, no me mires con esos enormes ojos de negro, que me acojonas —oyó que le decía Óscar a Kike—. No pienso empezar hasta que Dani vuelva de la cocina.

—Mis enormes manos de negro van a acabar en tu cara como no dejes el racismo gratuito de una vez.

Ya desde la cocina, Daniel alzó las cejas y dibujó una «U» con los labios. El mal perder de Kike era ya algo habitual en las partidas de los viernes, sobre todo porque nunca ganaba.

—No digas chorradas, Kike. —Óscar había alzado la voz. ¿Se había puesto de pie? Era probable que lo hubiera hecho—. Sabes que lo digo en broma. Además, no eres negro, solo mulato.

—Soy café con leche, como casi todos los cubanos. ¿Así que

no te atreves a empezar tu historia sin haber tomado algo de alcohol antes? Cobarde.

—¿Cobarde yo? Por favor. Estoy a un movimiento de conquistar el mundo entero.

—Lo que ocurre es que tu historia tiene que ver con alguna chavala, y te avergüenza contármelo en intimidad.

Desde la cocina se oyó esa risa grave y pausada que a Daniel siempre le recordaba a Jabba el Hutt. Se le ocurrió a Óscar, y a Daniel siempre le hacía sonreír, como ahora, que parecía encontrar chistes escritos en los refrescos que iba sacando del frigorífico.

Se acercó a un armario y sacó una botella de ron y otra de ginebra. Terminó con una bolsa de hielos y otra grande de patatas fritas, que derramó en un bol. Óscar había propuesto unas cervezas, pero, en una tarde de viernes como aquella, a Daniel le apetecía más una buena copa. Estaba seguro de que sus compañeros le alabarían el gusto.

Mientras servía los cubitos de hielo, fijó su mirada en una fotografía que colgaba de un imán pegado a la puerta de la nevera. En ella se podía ver a un grupo de niños en formación, vestidos con los tirantes verdes del equipo del colegio. En sus rostros había excitación. Parecían dispuestos a comerse el mundo. «Los buenos tiempos», recordó.

Por aquel entonces se divertía dándole a la pelota naranja, aunque en aquella época era más grande que su propia cabeza y casi no podía con ella. No importaba el resultado, ni la anotación personal. *No pressure, just fun*, que decían los *yankees*. No como ahora, que era incapaz de lanzar a canasta sin pensar en las consecuencias que depararía un simple fallo. Que no podía apagar la luz por las noches sin antes revivir el partido completo en su mente, repasando los errores. Que le era

imposible mirarse al espejo sin preguntarse qué había hecho mal, dónde se había desviado su camino hacia la liga profesional y cómo había acabado reparando ordenadores en una tienda de barrio. Ahora se veía jodido para llegar a fin de mes mientras se autoflagelaba viendo los partidos por televisión la madrugada de los sábados.

Las sombrías reflexiones de Daniel se vieron interrumpidas al darse éste cuenta de la cantidad de ginebra que estaba sirviendo en una de las copas: algo superior que la de las otras dos, y exageradamente mayor de la recomendada. «Ésta será para Óscar, así su historia será más divertida —pensó—. Puede que hasta se le olvide atacar Quebec.»

Los últimos resquicios de luz de la tarde se asomaban por la ventana, y la agradable brisa de finales de septiembre casi transformaba el salón en una pradera. Las estampadas alfombras que cubrían la tarima daban una pista de lo poco que se habían preocupado Kike y Daniel por decorar el piso. Todo aquel que entrara podía oler un fuerte aroma a madera, y, a cada paso, el suelo se quejaba por la edad.

Daniel se apresuró a dejar la bandeja en una mesa auxiliar y repartió los cubatas. Quebec disfrutaría de un breve periodo de tregua por el momento.

—Estoy listo, puedes empezar tu historia —dijo Daniel, dejándose caer en su lado del sofá.

Óscar dio un sorbo a su *gintonic* y exhaló un gemido como el que exhalaría alguien que bebe agua fría tras dos días en el desierto.

—Lo que os voy a contar ahora tiene que quedar entre

nosotros. Demasiada vergüenza me da ya como para que llegue a más gente. ¿Está claro?

Clavó la mirada en los ojos de sus dos amigos. Aparcó la copa junto a sus tropas y comenzó:

—Todo sucedió la noche de ayer, que, por si no lo notasteis, hacía un frío de cojones. Como sucede a menudo, tenía el cubo de la basura a reventar, así que me puse el jersey desgastado de *Parque Jurásico* que utilizo para estar en casa, y salí afuera. Y, vaya... resulta que, al levantar la tapa del contenedor y arrojar la bolsa dentro, se me escurrieron las llaves de la mano y, en efecto, (¡oh, Dios!), cayeron dentro del cubo.

A Daniel le costó esfuerzo contener la risa, especialmente cuando vio que el cubano estaba en las mismas.

Óscar se incorporó para escenificar cómo se vio viviendo en la calle por unos segundos, con nada más que unas zapatillas y un jersey de dinosaurios. Lo que más le preocupaba, no obstante, era que alguna vecina de las que estaban bien le hubiera visto en tal ridícula situación.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Daniel sin disimular la sonrisa.

—¿Qué podía hacer? Estaba oscuro y hacía frío. Eché un rápido vistazo al cubo (efectivamente, estaba prácticamente lleno), pero ni rastro de mis llaves. Como me temía, habían caído hasta el fondo.

Llegado a ese punto, el Óscar *sin techo* no había tenido otra alternativa que sacar todas las bolsas del cubo, una por una, hasta que éste quedó vacío. Allí, en el fondo, rebozadas en una pringosa sustancia oscura y aguada, encontró el manojo de llaves.

Daniel se fijó en que Kike concentraba su mirada en el cuenco de patatas fritas para contener la risa. Esa imagen de su amigo hizo que terminara explotando en carcajadas.

Óscar le dedicó a Daniel una mirada de odio y continuó con su historia.

—Con mucho cuidado de no tocar nada más, las recogí. Ese fue el momento más delicado, porque si alguien me llega a ver con medio cuerpo metido en el contenedor, me habrían tachado de mendigo, y eso sí que habría sido el fin de mi reputación. Rápidamente volví a meter todas las bolsas de basura dentro del contenedor, como ciudadano responsable que soy —al escuchar esto último, Daniel y Kike se miraron y arquearon las cejas—, y me metí rápidamente en casa como si acabara de activar una bomba en el portal. Lo primero que hice fue limpiar a conciencia las llaves, y después me di una ducha que debió durar aproximadamente media hora.

Culminó la historia con una mueca de asco y se quitó el mal regusto con un nuevo sorbo de su brebaje de cardamomo.

—Cambemos de tema. —Óscar se sopló el flequillo, alborotándose en la frente. Le otorgaba cierto parecido a David Bowie—: Dani, ¿mañana es la inauguración del ático de tu hermano?

—Eso creo —respondió. Realmente lo sabía con certeza—. ¿Tenéis pensado ir?

La euforia creada con la historia de Óscar mutó en ansiedad y tomó forma de pelota en lo más hondo de su estómago.

—Chico, ¿insinúas que tú no vas? —preguntó Kike, visiblemente sorprendido.

—Para ser sincero, no tengo muchas ganas de ir.

—¡Pero se trata de la fiesta de tu hermano! Le harás un feo gordísimo si no vas.

—¡Exacto! Es la fiesta de mi hermanito, no la mía. Estará allí, rodeado de los lameculos de sus *amigos*, acudiendo como hienas ante el olor del éxito. La fiesta se abarrotará de niños de papá

y de pijas disfrazadas de princesa, buscando sucios rolletes de una noche, o lo que es peor, algún pobre guaperas con la cartera llena. —Daniel estaba casi gritando y era consciente de ello—. No lo sé, me lo pensaré. Ya veré lo que hago finalmente.

El silencio inundó el salón.

De pronto, Kike sacó del bolsillo su teléfono móvil y marcó un número. Se llevó el aparato a la oreja y habló:

—¿Ricardo? Hola, mira, soy Kike, el amigo de tu hermano.

Un murmullo indescifrable se escuchó al otro lado del teléfono.

—Estoy genial, gracias por preguntar, chico —continuó el cubano—. Oye, te llamaba por lo siguiente: sin ningún compromiso, ¿te quedan entradas para la fiesta de mañana? Sé que a estas alturas de la película es una locura, pero... ¿Sí? ¡Magnífico! ¿Que cuántas quiero? —Miró a Daniel dubitativo. Tras unos segundos, respondió—. ¿Puedes reservarme tres? Genial.

Óscar observó a Daniel de reajo, consciente de la poca gracia que le estaba haciendo la artimaña de Kike.

—Muchas gracias Ricardo, pues nos vemos mañana —se despidió el del teléfono—. Un abrazo.

Kike colgó y mostró su inmensa sonrisa.

—¿Por qué cojones has hecho eso? No tienes derecho a meterte así en mi vida.

Kike frunció el ceño.

—Las entradas vuelan, *papito*. Hay que reservarlas cuanto antes.

—¿No te acabo de decir que no quiero ir?

—Lo que has dicho es que te lo estás pensando. Es posible que tú no vayas, pero desde luego yo pienso ir. Y creo que Óscar se muere de ganas de conocer a esas pijitas disfrazadas

de princesa.

Óscar sonrió con picardía.

—Eh, el mulato tiene razón. —Para Óscar, Kike siempre tenía razón—. Puede que no tenga la cartera llena, pero soy un partidazo.

—Está bien, haced lo que queráis. —Daniel sabía que no podía impedirles acudir a la fiesta—. No pasa nada, ya os diré lo que hago yo al final.

Kike asintió complacido. Por su parte, Óscar rompió el hielo levantándose de un salto del sofá.

—Voy a ir tirando las sobras a la basura —anunció, y se llevó el cuenco con las patatas fritas sobrantes.

—¡Cuidado, llaves de Óscar! —Kike dispuso las manos en la boca a modo de amplificador—. ¡Se dirige a la basura! ¡Sálvese quien pueda!

Las risas de Daniel y Kike dominaron el apartamento. Por unos minutos al menos, porque las tropas del general Óscar pronto conquistaron Quebec y el mundo quedó bajo el poder de un *hamburguesero* dicharachero y torpón, con debilidad por el género femenino y una gran devoción por sus amigos.

En el futuro, muchas veces desearía Daniel que su hermano Ricardo estuviera en lo cierto. Desearía haber sido la persona más monótona y gris que hubiera existido, porque todo cuanto le sucedió —todas y cada una de las cosas insólitas y dolorosas—, derivó de aquella fiesta.

Ese viernes acabé con las palmas de las manos en carne viva y una intrigante declaración de amor abandonada en un cajón.

Si alguien me hubiera advertido de todo ello antes de que me dispusiera a sacar el bizcocho requemado del horno, seguramente no le habría creído. Y habría sido un error, porque, de haber hecho caso a la advertencia, habría tenido más cuidado, y el bollo no habría volado por los aires para regodeo de Rafiki.

De haberlo creído, habría actuado diferente respecto al otro tema, sin duda mucho más delicado. ¿De verdad lo habría hecho? ¿Cómo habría sido mi vida de entonces en adelante?

Tenía una emergencia: me había quemado las manos al sacar la bandeja del horno. Corrí hacia el cuarto de baño y las coloqué bajo el chorro de agua fría. No era una solución, seguían enrojecidas. ¿Qué era lo mejor en estos casos?, procuré adivinar mientras me retorcí de dolor. Deseché la idea de la crema dental por parecerme estúpida, y terminé embadurnándome con crema para la piel. Las manos aún me palpitaban, pero el frescor fue suficiente como para que dejase de llorar.

De pronto, algo se movió en el estudio, lo percibió el rabillo de mi ojo. Ese *algo* se deslizaba por la tarima. ¿Una carta? Corrí a ver de qué se trataba.

Fue al agacharme cuando descubrí que no se trataba de una carta, sino de una sencilla hoja de libreta. La puerta permanecía cerrada. Alguien debió lanzar el papel a través de la rendija.

Me vinieron a la mente algunas historias de atracadores nocturnos que, en los últimos meses, habían sembrado el pánico en la capital. Una alarma sonó dentro de mi cabeza cuando desplegué el papel con dificultad. Las manos ya no solo me palpitaban, ¡temblaban!

Venía escrito a lápiz, con una caligrafía torcida y alocada. Me senté en el suelo, apoyada contra la pared, y fue ahí cuando mi monótona vida empezó a cambiar:

Tú no me conoces, pero el verde de tus ojos me da la vida cada mañana. ¿Y tu melena roja? Tiene que venir de otro planeta. Sé lo que estás pensando, y no tienes por qué temer. No soy un acosador, ni un psicópata, ni tampoco pretendo hacerte daño. Al contrario, considérame un admirador. En realidad soy un tipo de lo más convencional. Como prueba de ello, abandonaré el rellano una vez haya lanzado este mensaje al otro lado. Volveré el viernes que viene.

PD: Todavía no sé tu nombre, así que a partir de ahora te llamaré Angie, como la canción de los Rolling.

De modo que se trataba de eso: un adolescente enamorado que se plantaría cada semana frente a mi puerta como un personaje salido de la cabeza de Shakespeare. Era justo lo que le faltaba a aquel viernes para oponer a peor día de la historia.

Decidí restarle importancia. Me incorporé y entré en la cocina, donde casi tropiezo con Rafiki. Mi conejito estaba entretenido con mi bizcocho relleno de nueces. Barrí los restos

y me concentré en la nota. Iba a estrujarla hasta convertirla en una bola, pero cambié de opinión en el último momento. En su lugar, abrí el cajón destinado a los folletos de comida a domicilio y guardé la nota en su interior.

Nunca se sabe, pensé. Además, no estaban mis manos como para estrujar papel.

3

La noche anterior se había alargado más de lo normal en el piso de los chicos. Según iban terminando sus bebidas y empezando otras, Daniel había cambiado de idea al menos diez veces respecto a si iría a la fiesta. Para cuando Óscar se marchó del piso, Daniel había jurado que no acudiría a la fiesta.

Por supuesto, acudió.

El sol acababa de ponerse, y las últimas luces del día lustraban de plata y ocre las puntas de los edificios. Muchas terrazas crecieron en las aceras alimentadas por la agradable temperatura.

Se entraba al local a través del portal señorial de un edificio de varias plantas. Daniel, Óscar y Kike no tuvieron que esperar cola, aunque algunos grupos de personas ya estaban esperando para subir al ático.

—Os lo dije, no pintamos nada en este sitio —protestó Daniel, mirando con desprecio a aquellos pijos desconocidos.

—¿Cómo que no? —El gesto eufórico de Óscar se torció—. No sé por qué dices eso. Aquí pintamos lo mismo que todos, así

que vamos a entrar, vamos a darle la enhorabuena a tu hermano, y nos lo vamos a pasar en grande esta noche. —Terminó la frase dirigiéndose al trasero de una de las invitadas—. ¿Has visto a esa?

—¿Vosotros os habéis fijado en esta gente? —Daniel abrió los brazos—. Mirad qué trajes, ¡qué vestidos! ¿Habéis visto el superdeportivo amarillo que había aparcado en la esquina? Apuesto a que el dueño ya está dentro, y no me extrañaría que fuese mi propio hermano. Chicos, reconocedlo, esta fiesta nos queda grande.

—¡Tonterías! Vale, ya veo los vestidos tan caros que lleva esta gente, pero nosotros también vamos hechos unos dandis. Además, me ha dicho Kike que te has pasado más de media hora encerrado en el baño. ¿No es así, mi coqueto Don Juan?

Óscar consiguió sacarle una sonrisa a Daniel, que miró a Kike con burla.

—Lo de guapos lo dirás por ti y por mí, porque aquí el cubanito parece un guardia de tráfico con esa camisa. Venga, entremos de una vez.

—Ese comentario está fuera de lugar. Mi camisa es alegre, y punto —protestó el cubano mientras se cerraba el portal con ellos dentro.

Subieron en ascensor hasta el último piso, donde tenía lugar la celebración. Era temprano, pero el local ya contaba con algunos invitados. Kike, probablemente la persona de más altura del recinto, observaba todo con interés desde su perspectiva. Localizó la barra —una de ellas, ya que existían varias distribuidas por todo el espacio— a la derecha de la entrada. Había barra

libre, por lo que los primeros borrachines ya habían encontrado su sitio junto a los camareros. Tom Petty y los Heartbreakers sonaban a través de los altavoces.

Mientras Kike pensaba en la buena pinta que tenía la fiesta, Óscar comenzó a deslizarse entre la gente. Apenas se daban cuenta de su presencia debido a su pequeña estatura. Daniel lo vigilaba, esperando que su amigo no estuviese *fichando* sus primeras presas. No es que fuese ningún sobón —Óscar se hubiese sentido tremendamente ofendido si alguien le acusara de perverso—, pero sentía una atracción irrefrenable por el género femenino y, en muchas ocasiones, varias mujeres bebidas o con ansia de cariño habían acabado en sus brazos. Ésta no era una fiesta normal, así que Daniel decidió que más tarde mantendría una conversación a solas con su amigo.

Daniel los guio hasta el fondo del local. Allí se ensanchaba formando un área circular que servía como de pista de baile. Una moderna escalera de caracol ascendía desde una de las esquinas. Kike se vio sorprendido por un *sutil* golpe en su espalda. Tuvo que apoyarse en Óscar para no caer al suelo.

—¡Eeehhhhhggggg....! oye amiggo... perdóname, no te hafffía visto... ¡Já!

El que lo había atropellado era Miguel, el más corpulento de los compañeros de equipo de los chicos, incluso más que Kike. Era conocido en el mundillo de la pelota como *El oso blanco*, pues, a pesar de no haber cumplido los veinticinco, no tenía un solo pelo que no fuese blanco. Todo lo que Miguel tenía de grande y torpe, lo tenía de noble, y en aquel momento, apenas se sostenía en pie.

—¡Miguel, *pendejo*, ten un poco más de cuidado, que tienes la fuerza de un Mamut! —reprochó Kike dándose la vuelta.

—Perdona Kikke, lo siento mmmmucho.

El oso blanco apenas podía articular palabra; sus ojos miraban hacia algún punto móvil de la sala.

Con una sonrisa, Daniel dio un paso al frente y saludó a su borracho compañero con una palmadita en el hombro.

—¿Qué tal estás, amigo?

—¡Dannnniiii! No sssabía que esstabas aqqquí. —Daniel no pudo evitar que aquella inmensa bola de grasa se abalanzara sobre él.

—Miguel...Mig... —gimió Daniel, haciendo aspavientos con las manos para lograr desprenderse del gigante. Lo estaba levantando en el aire, oprimiéndole el pecho.

Cuando por fin lo soltó, respiró hondo para recobrar el aliento.

—¿Qué haces aquí? ¿Te ha invitado mi hermano?

No es que a Daniel le desagradase la presencia de Miguel, todo lo contrario, pero Miguel y su hermano no tenían ninguna relación.

—¡Chhhsssssss! —Miguel se llevó un dedo a los labios y miró a su alrededor—. Mmme he colado en la fiessssta... ¡Já! No ssse lo digas a tu herrrrmano, es un sssecreto. Pero crrrreo que me voy a marrchar, no me encuentro mmmuy bien...

Terminó la frase llevándose la mano a la boca. Después le sobrevino un espasmo. Los tres amigos dieron un paso hacia atrás, por si acaso.

—Está bien colega, será mejor que vayas a descansar —se apresuró a decir Daniel—. Nos vemos la semana que viene, ¿de acuerdo?

—Sssi, mmme voy a ir... ¡Eeehhhhh, me alegro un montón de haberos vissto!

El oso blanco se giró con torpeza y alzó la mano como señal de despedida.

—Cómo iba vuestro pívot, ¿no? —exclamó Óscar, estupefacto.

—Ya ves, ¡menudo pedal! —respondió Daniel.

—Venga, vamos a ver lo que hay en el piso de arriba —dijo Kike, ansioso por descubrir el piso superior.

—¡Madre mía! —Óscar se detuvo con la boca abierta.

Aparecieron en una amplia terraza abierta con adornos hawaianos. En este piso el ambiente era diferente. La madera del suelo, los fantasiosos cócteles que iban y venían sobre bandejas sostenidas por atractivos camareros y camareras, la música *chill out*... Era como estar de vacaciones en la playa, solo que a varios pisos de altura. El ático daba a la parte septentrional de Madrid, tomando como referencia el Paseo de la Castellana y su tráfico, incesante. Diminutas ventanas saludaban desde las demás fachadas como luciérnagas, protegidas siempre por los modernos rascacielos de la zona norte, altos y brillantes. No había local en la ciudad con esas características. Esto es lo que pensaban Kike y Óscar (y Daniel, aunque no pensaba reconocerlo) cuando alguien se les acercó por detrás.

—Veo que ya habéis descubierto todo el chiringuito.

El hermano de Daniel se acercó acompañado de un buen grupo de personas de aproximadamente su edad. «Lameculos», pensó Daniel. A Ricardo, como siempre, la ropa le caía como a un modelo. Hoy: camisa blanca, americana negra, y vaqueros. A su lado, Teresa no le soltaba el brazo.

—Hemos llegado hace nada y estábamos echando un vistazo —dijo Daniel, mirando hacia cualquier parte menos a los ojos de su hermano—. Te felicito por el bar.

¡Bar! Daniel jamás habría denominado como «bar» a aquel estupendo local de fantasía, pero ya era bastante difícil para él felicitar a su hermano mayor, y decidió no hacer demasiadas concesiones.

Ricardo asintió con superioridad y sonrió.

—Buenas noches, Teresa —Daniel dio un paso hacia su cuñada—. Hacía mucho que no nos veíamos. —Puso en sus mejillas dos protocolarios besos.

—Ah, hola, Daniel. ¿Cómo te va? ¿Sigues reparando cachivaches?

—Ordenadores, Teresa. Se llaman ordenadores.

«Hermano, ¿cómo llegaste a casarte con este elemento?»

Daniel resopló y se giró hacia Kike, que miró hacia otro lado conteniendo la risa.

Ricardo, interrumpiendo, retomó el tema de conversación.

—¿Te gustan las vistas, hermanito?

«Eso, restriégame tu éxito como haces siempre.»

—Si, aunque en invierno va a pegar el viento.

Sólo quería que terminara aquella fiesta lo antes posible. Fantaseó con que sonaba la alarma antincendios y todos se veían obligados a evacuar el edificio, y le pareció tan buena idea que buscó a su alrededor el botón de activación de la alarma. Su hermano le trajo de regreso a la realidad. Acercándose hasta casi rozarlo, susurró:

—Ayer fui a ver a papá. Por lo visto le tienes desatendido.

—¿Eso te dijo?

—¿Cuánto tiempo hace que no vas a verle?

—No es asunto tuyo.

Daniel quiso recordarle quién estuvo ahí, siendo solamente un crío, sacando a su padre de la depresión cuando ella falleció. ¿Dónde estaba el gran Ricardo entonces?

Tuvo que morderse el labio.

Dejó de mordérselo cuando la vio, a unos pocos metros, asomada en la barandilla. Oteaba el horizonte atenta, y aún desde un costado, como Daniel la miraba, sus ojos resplandecían como provenientes del futuro. La brisa sacudía con delicadeza su flequillo, y la luz de las farolas bañaba sus hombros en dorado. En un segundo, esa monada había creado un Big Bang en la azotea. Fuegos artificiales, un volcán en erupción, supernovas de colores. Daniel tardaría en olvidar, si es que alguna vez lo hizo, la figura que ese vestido corto y ceñido dibujaba en ella.

Daniel volvió la cabeza hacia el grupo y asintió con fingido interés.

—Veo que ya has visto a Sofía. —Su hermano, su maldito hermano otra vez—. ¿Te acuerdas de ella?

Como si estuviese atenta a la conversación que se mantenía en voz baja a unos metros de ella, la chica del vestido se giró, miró a Daniel a los ojos, y sonrió.

El mundo de Daniel se congeló.

«Viene hacia aquí. Se está acercando, joder.»

—¿Dani? ¡Casi no te reconozco! Cómo has cambiado. ¿Cuánto tiempo hace?

Aquello lo pilló por sorpresa. En su interior se habían mezclado mucha vergüenza, sorpresa y, por qué no decirlo, una pizca de euforia. Estaba sudando por debajo de la camisa. Su boca esbozó una sonrisa ridícula. Todos lo miraban con expectación.

—Si, bueno, ha pasado mucho tiempo y, ya sabes, todos cambiamos.

Alguien debía haber decidido que aquella sería la zona de las conversaciones incómodas.

—¿No me vas a dar dos besos? —preguntó juguetona, y sin

esperar respuesta se abalanzó sobre las mejillas de Daniel, que tensó sus músculos.

—En fin, encantado de volver a verte —dijo él—. Ya nos veremos por ahí. ¿Bajamos a la fiesta, chicos?

Kike y Óscar se despidieron con cortesía. Daniel ya estaba bajando cuando escuchó algo que lo torturaría durante el resto de la velada:

—La próxima vez espero que me saludes antes de mirarme el culo —fue el adiós de Sofía.

Se volvió perplejo, pero lo único que vio desde las escaleras fue la cara de su hermano, sonriente.

«I feel good... tarararararara... I knew that I would now...», gritaba Kike a plena voz mientras movía los brazos en todas las direcciones.

No lo vio Óscar, que estaba liado en sus propios negocios. En una esquina del local sujetaba un vodka con naranja (su combinado favorito) con una mano, mientras con la otra acariciaba la rodilla de una joven morenita (su color de pelo favorito) por debajo de la barra.

Daniel estaba furioso. Furioso por haber tenido que besarle el culo a su hermano y a su perfecto local. Furioso por tener que restregarse contra media pista de baile para alcanzar la barra y pedir una copa. Y, por encima de todo, estaba furioso consigo mismo por comportarse con tal torpeza ante esa chica de la barandilla. Sofía. ¿Quién era en realidad? ¿De verdad se conocían? Daniel pensaba en todo eso mientras los camareros lo ignoraban.

Al volver la cabeza, vio una cara conocida justo a su lado.

Sonrió por primera vez en toda la noche.

—¡Pero bueno, Iván! ¿Qué hace un macarra como tú en una fiesta de alto postín? —gritó por encima de la música.

Compartieron un caluroso apretón de manos.

Iván soltó una sonora carcajada y respondió sin parar de gesticular.

—Soy colega de uno de los camareros y me ha conseguido pase —dijo. Con cada gesto se le marcaba el bíceps por debajo de la camiseta—. Al principio pasaba de venir, pero me enteré de que venía una piba que me vuelve loco. Igual la conoces, es una tal Sofía. ¡Jesús, vaya culo!

Daniel sintió un escalofrío.

—¿Y cómo te va en tu nuevo equipo? —dijo por cambiar de tema—. Espero que habernos dejado tirados haya merecido la pena. —Acompañó la frase de una sonrisa áspera.

—¡Vamos, Dani! Sin rencores. Además, tú deberías valerte para sacar el equipo adelante. ¡No me necesitas! Eres una máquina, acabarás jugando con los profesionales.

A Iván le resbalaban las últimas sílabas, señal de que se estaba sobrepasando con el alcohol. Terminó la frase golpeando el hombro de Daniel, que se acarició sorprendido.

—Estás borracho y dices tonterías. Desde que te fuiste nos falta fuerza, carácter. Pero, en fin, espero que merezca la pena y estés contento en tu nueva etapa.

—Gracias, tío.

—Por cierto, creo que dentro de unas semanas nos enfrentamos.

—¿De verdad? —Iván no dejó que Daniel terminara la frase—. Fantástico, echaba de menos machacarte en los entrenamientos. Vete preparándote porque no pienso tener piedad. En la pista no hay amigos, ya sabes.

Terminó la frase amenazándolo con el índice. Daniel frunció el ceño. Algo había cambiado en Iván, no era solo el alcohol. Mientras pensaba en una manera sutil de despedirse, alguien le tapó los ojos por detrás.

—¡Quién soy!

Daniel no tenía ni la más remota idea, pero el tacto de la palma contra sus párpados le pareció suave, agradable. Cuando volvió a poder abrir los ojos, vio a Sofía a unos milímetros de él.

—Pensé que ya te habías ido —dijo. Esa mirada, ¿era inocente o traviesa?

Daniel necesitó de unos segundos para responder.

—¿Te tomas una última copa conmigo? Así revivimos viejos tiempos.

—Hoy no puedo, mañana tengo que levantarme temprano. Solo he venido a despedirme. Pero estamos en contacto, ¿OK?

Sofía ni siquiera rozó a Daniel, lo que no evitó que se le erizara la piel.

—Está bien, como quieras. Ya nos veremos —dijo, y acercó los labios a su mejilla. Lentamente. Por si se obraba el milagro.

No hubo milagro, solo dos educados besos y una sonrisa nerviosa antes de que ella desapareciese entre la multitud.

Un largo rato después, y por fin con una copa en la mano, Daniel encontró a Kike y se propuso convencerlo para ir a casa. No opuso resistencia; era tarde y estaba «¡¡como un aviónnnn!!». No encontraron a Óscar, lo cual significaba que tendrían una nueva anécdota al día siguiente.

Cuando los dos amigos se arrastraban hacia el ascensor de salida, Iván surgió de entre la multitud. Agarró a Daniel del

brazo, colocó su boca a escasos milímetros de su oído, y gritó:

—Parece que vamos a tener que competir por algo más que por baloncesto.

Después se alejó sin decir nada más. Daniel no encontró los reflejos para contestar.

Ya asomaba el sol entre los edificios. Kike roncaba en el taxi. Mientras tanto, Daniel hacía balance. ¿Había sido la noche más divertida de lo que había esperado? Más extraña, sin lugar a dudas. Se colocó los auriculares y pulsó el *play* de su aplicación móvil. Sonó una melodía instrumental, suave, evocadora. En esas condiciones cualquiera se habría dormido. A él, sin embargo, la música le transportó de nuevo hacia el interior del local. A la barandilla del ático. A la barra de dentro. A Sofía.

«Tengo que volver a verla. ¿De qué la conozco? ¿Por qué no se ha tomado la última copa conmigo? ¿Habrá pensado que soy un cretino? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en esto?»

Era viernes, y no podía concentrarme en la novela de Agatha Christie; sentía la continua necesidad de ladear la cabeza para comprobar que todo seguía en orden en el vestíbulo.

Había transcurrido justo una semana desde que recibí la extraña declaración. ¿Regresaría el acosador anónimo como había prometido en su escrito? Por si acaso, esa noche no saldría de casa.

Se me heló la sangre de súbito. El rabillo del ojo me lo había chivado. Un nuevo trozo de papel resbalando por el suelo del pasillo.

Tragué saliva y me centré en el pomo de la puerta. Era lo que sucedía en las películas de Hitchcock: alguien forzaba la cerradura y entraba en casa con un machete. Conté hasta cinco. Dudé. ¿Debería leer el contenido del papel? Estaba segura de que, dijera lo que dijera, iba a rondar mi cabeza durante el resto de la semana. Y eso no era sano, caramba.

Finalmente me aproximé al papel y lo leí con el miedo de quien saca una bandeja de bizcochos sobrequemados del horno.

Hola, Angie. No dejo de pensar en ti. Me pregunto si tú también has pensado en mí. Aunque lo cierto es que

ni siquiera conoces mi cara. Como te dije, no soy un acosador, así que no tengo pensado llamar a la puerta de una desconocida. ¿Te imaginas qué violento sería? Cuando estés preparada, estaré encantado de que abras para conocerte mejor.

Por cierto, el corte de pelo te queda genial.

Mis dedos se contrajeron en torno al papel, arrugándolo. Furiosa, corrí al salón, donde escribí algo en otro papel. No fue sencillo, me temblaban los dedos. Después regresé al vestíbulo y deslicé mi nota hacia el otro lado de la puerta.

Deja de mandarme mensajes, seas quien seas. De lo contrario llamaré a la policía.

Mientras esperaba a que algo sucediese, me observé en el espejo del vestíbulo: una pecosa enclenque que no estaba dispuesta a que un perverso le complicara la vida con sus jueguitos cada tarde de viernes. Justamente su día preferido de la semana. «¡No lo pienso tolerar! ¡Y deja de morderte las uñas!»

Contra todo pronóstico, mi amenaza recibió respuesta, por supuesto, en forma de papel.

Que tengas una buena semana.

¿A qué demonios estaba jugando aquel hombre?

[Lee la novela completa aquí](#)